



## Tácito en Lipsio: elogio de la constancia y relativización de los males públicos\*

*Tacitus in Lipsius: Praise of Constance and Water down of Public Evils*

Nuria Sánchez Madrid\*\*  
nuriasma@filos.ucm.es

DOI: <http://dx.doi.org/10.5281/zenodo.31487>

**Resumen:** Este trabajo presenta algunas de las tesis centrales sostenidas por Justo Lipsio en el diálogo *De constantia* a propósito de la conveniencia de que esta virtud neo-estoica rijan la conducta del individuo, ayudando a este a entender la correlación existente entre la Providencia divina y el ritmo con que los "males públicos" golpean a los hombres y a los pueblos. Se propondrá que Lipsio sostiene tanto en el *De constantia* como en los libros de su *Politica* una posición inspirada principalmente en el estoicismo clásico de Séneca y en las *Historiae* y *Annales* de Tácito, que convierte al mantenimiento del estado presente de las cosas en un ideal que se antepone incluso al objetivo de introducir el bien y la justicia en el mundo. Se analizarán las consecuencias de la prioridad otorgada a la conservación de las cosas en Lipsio y se tomará alguna determinación acerca de si la trascendencia absoluta de la Providencia en este autor no anuncia una absoluta immanencia en el tratamiento de las cuestiones de Estado y en la reflexión de la reacción más aconsejable del ser humano ante los vaivenes de las circunstancias. Si cabe encontrar en Lipsio un plano de immanencia total en la política, la apariencia y la simulación podrían entenderse como los operadores de un sentido —aparente, cambiante y ficticio siempre— que acompaña en todo momento a la condición humana o, si se prefiere, al hombre sólo le cabe intentar adaptarse al marco exterior en que transcurre su vida, siguiendo una metáfora teatral.

**Palabras clave:** Lipsio; Tácito; Neo-estoicismo; Providencia; Política.

**Abstract:** This paper tackles key tenets claimed by Justus Lipsius in the dialogue *De constantia* about the convenience that this neo-stoic virtue guides the subject's behaviour, insofar as it helps him to grasp the links between divine Providence and the rhythm with which the "public evils" strike human beings and peoples. I claim that Lipsius supports in the *De constantia* and in the books of *Politica* a position mainly inspired by classical Stoicism of Seneca and by the *Historiae* and *Annales* of Tacitus, which makes of the maintenance of the current state of things an ideal to be preferred to the ideal of bringing the good and justice to the world. I shall break down the consequences of the priority given to conservation by Lipsius and I shall suggest that the absolute transcendence of Providence in Lipsius perhaps announces an absolute immanent approach to the State's affairs, which also concerns the most advisable human reaction before the shifts of fortune. Given that Lipsius believes in an absolute immanence of politics, appearance and simulation could be understood as elements of a sense —apparent, changing and always fictitious— that constantly goes with the human condition. Put differently, the human being just should attempt to adapt himself to the external frame that shapes his life, according to a theatrical metaphor.

**Keywords:** Lipsius; Tacitus; Neo-stoicism; Providence; Politics.

\* Este trabajo procede de una investigación resultante del proyecto *Poetics of Selfhood: memory, imagination and narrativity* (PTDC/MHC-FIL/4203/2012) del CFUL, concedido por la *Fundação de Ciência e Tecnologia* del Gobierno de Portugal, y se inscribe en la iniciada en los Proyectos *Naturaleza humana y comunidad* (III). *¿Actualidad del humanismo e inactualidad del hombre?* (FFI2013-46815-P) y *Retóricas del Clasicismo. Los puntos de vista (contextos, premisas, mentalidades)* (FFI2013-41410-P), concedidos ambos por el MINECO del Gobierno de España. Se ha visto beneficiado por la concesión de una estancia de investigación en el IFS del CSIC durante el curso académico 2014/15. Una versión del artículo fue presentada en mayo de 2015 en el seminario de investigación «Apropiaciones modernas de la historiografía imperial», organizado por Juan Carlos Barrasús en la UCM.

\*\* Profesora del departamento de Filosofía Teórica de la Universidad Complutense de Madrid.

Siempre me ha parecido intuitivamente convincente la percepción de la historiografía de Tácito —glosada por el celeberrimo *sine ira et studio*— como una subjetivación vaga de lo sucedido. En efecto, no puede negarse, es más, se trata de un *tópos* en el acercamiento a su obra, la inclinación tacitiana a revestir la descripción de lo sucedido en el opaco e irrespirable ambiente civil del Imperio con ayuda de unas lentes que no proceden sino del juicio propio del observador. Quien contempla las tensiones entre los actores políticos advierte lo que está derecho y lo que está torcido desde un punto de vista moral, pero también cobra conciencia de que nada cambiará el saberlo ni el ponerlo por escrito, es más, comprenderá que la declaración pública de cómo debería procederse no le devolverá más que penosas cargas y crueles castigos. Hablamos de un entorno en el que la verdad no es más que una débil agitación de un programa ideológico tan cambiante como granítico en sus principios y violento hacia las críticas. Tácito transmite en sus páginas al lector de cualquier tiempo que el poder es inane, toda vez que no está basado ni en la inteligencia ni en una virtud destacable, sino más bien en una mezcla de bajas pasiones, aunque resulte completamente imprescindible si no se admite vivir como un gusano sobre la tierra o compartir el destino de quienes están condenados a malvivir gracias a su labor, los subalternos de todo tiempo y condición. Sencillamente porque la cercanía a los poderosos permite acceder a una realidad impenetrable de otra manera. Esa realidad, que Tácito entiende como preferible una vez que se ha nacido en una sociedad como la romana aparece en Lipsio como la única existente, ya se sea súbdito o cortesano, a pesar de lo cual el sabio debe esforzarse precisamente por levantar protecciones subjetivas frente a los desgarros y otros daños con que el poder se hace notar entre los hombres. Tierno Galván, en su clásica monografía dedicada al tacitismo del Siglo de Oro español, ponía el acento en la capacidad tacitiana para observar la vida pública desde la privada, la sociedad desde el hombre, como si de alguna manera no quedara otro rasero que el subjetivo, a pesar de que la identidad personal dependa enteramente de las apariencias procedentes del poder político<sup>1</sup>. Los

<sup>1</sup> Vd. TIERNO GALVÁN, Enrique. *El Tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español*, *Anales de la Universidad de Murcia*, 4º trimestre vol. VI, 1948, pp. 948-949: «En principio Tácito es, de los escritores clásicos, el que vio la vida pública desde la privada, la sociedad desde el hombre. El hecho histórico está, para él, teñido siempre de intención individual. De aquí que aparezca como un escritor profundo para quienes consideran la historia desde el ángulo de la voluntad humana, caso concreto de la historiografía barroca. Por eso decía Gracián, que no paraba en la corteza de los sucesos, sino que transcendía, a los más ocultos senos de la intención. Pero esto no quiere decir que desmenuzara y destruyera lo colectivo, sino simplemente que partía de los individuos para explicarlo. *Il est remarquable*— como dice Madame Stäél— *qu'aucun historien, que Tacite lui même ne nous dise pas par quels moyens, par quelle opinion, par quel ressort social les plus*

vínculos entre subjetividad y poder dibujan los contornos de un *double bind*, del que no es fácil desprenderse. En realidad, Tierno no hace sino reconocer su deuda con la lectura de Tácito que en tierras hispanas sostuvo Baltasar Gracián, para quien la excepcionalidad del historiógrafo senatorial procedía básicamente de su capacidad para trascender «la corteza de los sucesos» y penetrar en «los más ocultos senos de la intención», como puede leerse en su *Agudeza y arte del ingenio*:

No se contentaba aquel gran oráculo de los políticos, el ídolo de los estadistas, Cornelio Tácito, con la vulgar sencilla narración de la historia, sino que la forró de glosas, crisis y ponderaciones; no paraba en la corteza de los sucesos, sino que trascendía a los más reservados retretes, a los más ocultos senos de la intención, ni perdonó al mismo Augusto, de quien dijo que había escogido a Tiberio para sucesor en el Imperio, y antepuéstole a Agripa y a Germánico, sobrinos, no por el bien común ni por especial afición, sino porque anteviendo malquisto, por su natural crueldad e hinchazón, al paso que fuese abominado, él fuese deseado de todos: *Ne Tiberium quidem charitate, aut Republica cura succesorem adsertum; sed quoniam arrogantiam, saevitiamque ejus introspererat, comparatione deterrima, sibi gloriam quaesivisse* [An., I 10]. Así como el obrar con artificio y con refleja nace de ventaja de ingenio, así el descubrir ese artificio y notarlo es sutileza doblada.<sup>2</sup>

Con este juicio laudatorio, Gracián establece que lo decisivo en política, de la misma manera que en la construcción de la subjetividad, es el control de la fabricación de apariencias y su consiguiente desciframiento con ayuda del ingenio. Las «glosas, crisis y ponderaciones» desnudan lo aparente de las conductas públicas para revelar que un puñado de intereses, expectativas y anhelos, es decir, una ominosa nada, las sostienen. Todo lo que era sólido se desvanece en el aire. Y, una vez declarado esa dilatada agonía, todo en el juego político se puebla de signos difíciles de desentrañar, una cualidad que multiplica su alcance en contextos en que el gobernante se apoya directamente en la relación que mantiene con los súbditos, en lugar de ceder protagonismo decisivo a las instituciones. Las secretas intenciones a las que se refiere Gracián

---

*atroces et les plus stupides empereurs gouvernaient Rome sans rencontrer aucun obstacle, même pendant leur absence.* De esta suerte, Tácito es especialmente apto para aconsejar a los Jefes de Estado en una época en que se suponía que estaban directamente apoyados en los súbditos y no en las instituciones. Por otra parte, su filiación estoica le permite ayudar a los gobernados tanto como a los gobernantes. Además, Tácito rompe el pensamiento en una serie de frases, cada una de las cuales expresa una circunstancia o idea particular, de modo que se pueden aislar estas frases como apotegmas sin que resulten inexpresivas o faltas de sentido. Es un manantial de aforismos».

<sup>2</sup> GRACIÁN, Baltasar. *Agudeza y arte del ingenio*, Discurso XXVI «De la agudeza crítica y maliciosa», en *Id., Obras completas*, vol. II, Turner, «Biblioteca Castro», Madrid, 1993, pp. 511-512.

parecen aludir indirectamente al punto de vista aristócrata que se desprende de su cita de *Anales*, I 10, habida cuenta de que solo el grupo de individuos más cercanos al Emperador por linaje y educación dominan por decirlo así su código. Quienes se mueven más o menos cómodamente en el medioambiente que es la corte imperial romana son bien conscientes de que la ambición de poder lo mueve todo en ese espacio, pero también de la necesidad de crear opinión entre el pueblo por medio de hábiles apariencias. Esa opinión generada será lo más opuesto a una integración orgánica de los súbditos, a lo que se animaliza y mantiene alejados de los lugares de decisión o apariencia de la misma. Así pues, los iguales se reconocen como miembros de un mismo partido, provisto de sus propias coordenadas de orientación, y la distancia social de las élites con respecto al resto de capas sociales genera potentes deformaciones de lo real, útiles para mantener bajo control a una población que se desprecia como chusma. Este Tácito que tanto contribuye a sembrar la impresión del poder político como un mal inseparable de la condición humana, como si se tratara de una plasmación irrenunciable de la ambición, el miedo y la envidia ínsitas en todos los corazones, vuelve a la vida en 1574 como máximo docto de la razón de Estado —*Meinecke dixit*—, inspirando un estilo de literatura política durante al menos un siglo.<sup>3</sup> Todo ello gracias a la labor de Justo Lipsio, que basándose en manuscritos procedentes de los códices Vaticanos y Florentinos preparó la primera edición moderna de la obra de Tácito. Ahora bien, el retorno no mantendrá incólumes todos los rasgos de la historiografía tacitiana, sino que se le irán adhiriendo nuevas notas, que en buena parte obedecen a la voluntad de levantar una pacífica fábrica de la convicción. De hecho, Lipsio procederá a una hábil selección de citas de diversos autores —Cicerón, Salustio, Séneca, Tácito— para despertar opiniones y suscitar convicciones en el lector que le permitan conducirse convenientemente en política, otorgándole su justo valor en la complejidad propia de la existencia humana. Siguiendo la estela de Erasmo<sup>4</sup>, Lipsio se

<sup>3</sup> MEINECKE, F. *Die Idee der Staatsräson in der Neueren Geschichte*, Berlín, 1929, p. 32: «Tácito se convirtió más tarde, aún no para Maquiavelo, que sobre todo se sirvió de Livio, Aristóteles y Jenofonte, pero sí a partir de que lo editara nuevamente Justo Lipsio en 1574, en el máximo docto de la razón de Estado, y durante un siglo entero floreció una literatura tacitista acuñada por él. Justo Lipsio mismo compuso su manual sobre política (*Politicorum sive civilis doctrinae libri sex, qui ad principatura maxime spectant* 1589) exclusivamente a partir de sentencias antiguas, especialmente a partir de Tácito, y ofreció con ello una cantera aún hoy valiosa del pensamiento antiguo en torno a la razón de Estado»

<sup>4</sup> ERASMO de Rotterdam. *Educación del príncipe cristiano*, Traducción de Lorenzo Riber, en *Obras Escogidas*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 27: «Y no se satisfaga y contente con las máximas inertes y vagas que le aparten de lo torpe y le inviten al honesto; hay que clavárselas, hay que metérselas

propone clavar en lo hondo del ánimo del lector las máximas que apartan de lo torpe y aproximan a lo prudente en el orden civil.

Especialistas como Jan Waszink o Sagrario López Poza han subrayado la eficaz estrategia persuasiva del proceso de selección de materiales que lleva a cabo el paciente Lipsio, defensor del *engaño honesto*, empleado sin reparos con vistas a un resultado virtuoso.<sup>5</sup> Por otra parte, estudiosos como Toffanin han tildado el tacitismo ibérico de «maquiavelismo borroso», por su carácter encubierto y disfrazado. Es sin duda cierto que las sentencias que Lipsio anima a seguir al gobernante rayan con frecuencia en una casuística poco ejemplarizante, siempre en aras de alcanzar mejores horizontes para la vida civil, pero no puedo compartir la opinión de Toffanin que Tierno recoge en su citada monografía.<sup>6</sup> Las razones de esta disconformidad responden a la apreciación de resortes bien distintos a la base de la prosa de Maquiavelo y del Tácito de Lipsio. Si para el primero resulta fundamental que el príncipe mantenga una comunicación fluida y eficaz con el pueblo, uno de los dos *umori* esenciales para el funcionamiento orgánico de una comunidad<sup>7</sup>, Tácito desprezará sin ambages las

---

en lo hondo y de una manera u otra traérselas a la memoria con ahínco, ora con una sentencia, ora con una anécdota, ora con un símil, ora con un ejemplo, ora con un apotegma, ora con un proverbio».

<sup>5</sup> Vd. LÓPEZ POZA, S. «La *Política* de Lipsio y las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo», *Res Publica* 19 (2008), pp. 221-222: «Para Jan Waszink, todo esto no es más que una hábil estrategia persuasiva diestramente manejada por Lipsio, que pretende hacer a los lectores copartícipes de la responsabilidad de sus conclusiones. Las citas de Lipsio no se agruparon sin un plan bien concebido y cuidadosamente ejecutado; se seleccionaron las que se ajustaban a los propósitos del autor y se organizaron para incitar a pensar al lector —creyendo que lo hacía espontáneamente, y no inducido— que la razón de estado monárquica era la mejor forma de gobierno. De ese modo, el profesor belga abría la vía para una apreciación positiva de la razón de estado como instrumento de gobierno. Esa aceptación «espontánea» era necesaria para que tuviera éxito la forma de gobierno propuesta, que requería la aquiescencia de los súbditos para someterse sin oposición a la autoridad de un príncipe. Es, en realidad, una práctica de Lipsio del *engaño honesto* (el que se realiza en aras de una acción virtuosa o para evitar un daño), y es el mismo tipo de manipulación que él quiere que utilice el príncipe en el gobierno para asegurarse de la aceptación de sus súbditos de la teoría política que propone (considerada como acreditada y deseable para todos)».

<sup>6</sup> TIERNO GALVÁN, Enrique. *El Tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español*, p. 916: «En España no hubo maquiavelismo doctrinal. Los innovadores no perdieron la acendrada fe católica ni el respeto a la ética construida sobre esta fe. Los valores éticos y políticos no se invirtieron como ocurrió en ciertos momentos del Renacimiento italiano. De aquí que la nueva tendencia no eligiera como modelo a Maquiavelo ni a Bodino, sino que continuara la corriente tacitista de origen italiano, potenciándola con vigorosa originalidad. Parece, a juzgar por lo que dice Toffanin, que el tacitismo italiano es un maquiavelismo borroso, un maquiavelismo disfrazado. Quizás sea esto exacto respecto de Italia, pero en España, país del barroco, el tacitismo español no me parece disfraz de Maquiavelo; lejos de eso, creo que es una actitud peculiar y quizás la más original, políticamente, de su época».

<sup>7</sup> Me permito remitir en relación con este asunto a un reciente trabajo mío, «Orden, conflicto y principado civil. Un diálogo con Gabriele Pedullà en torno a la «política gris» de Maquiavelo»,

consideraciones y juicios del pueblo, reducido a un mero agente paciente más de los vericuetos altamente sutiles de la política. Por ello, podrán trazarse puentes entre ambos autores, pero todos deberán atenerse a la presencia de esta importante diferencia. Si Maquiavelo pretende enseñar a Lorenzo de Medici cómo configurar un centauro con la población de Florencia, Tácito —pero mucho más Lipsio— interpela claramente al sujeto individual para permitirle cultivar reductos de lucidez y tranquilidad anímica alejados de la vida cortesana. Maquiavelo cree en la obra política. Tácito la sufre como un daño colateral causado por la mortalidad de todo lo humano y Lipsio se propone ilustrar a los hombres acerca de los mecanismos para olvidar la existencia de los males que provienen de la vida civil. Veamos a continuación de qué es portadora esta enseñanza.

## 1. La constancia como remedio de los males públicos.

Los dos libros del *De constantia* de Lipsio ven la luz en 1584 en Amberes y Leiden. En la universidad calvinista de esta última ciudad el autor había encontrado refugio y apoyo, permaneciendo allí hasta 1591. Poco después sus circunstancias vuelven a los cauces indicados para la continuación de su vida académica en las mejores condiciones, pues Felipe II le repondrá en su cátedra de retórica en la católica Lovaina. Como es bien sabido, la biografía de Lipsio está salpicada por continuos vaivenes que con toda probabilidad confirman al autor la naturaleza artificiosa y facticia de la identidad civil de un sujeto, con respecto a la que conservará toda su vida un completo escepticismo. Seguramente sin abandonar nunca su primitiva fe católica, Lipsio se ve forzado por las circunstancias violentas de los Países Bajos de su tiempo a buscar asilo y protección en entornos protestantes, lo que termina de convencerle del estatus aparential de toda adhesión religiosa y política, donde los principios siempre llegan más tarde que las convicciones prontamente adoptadas. La primera versión en castellano no se hará esperar. En 1616 Juan Bautista de Mesa entrega una traducción a las prensas —a juicio de B. Antón bien podría pertenecer a otro autor, Tomás Tamayo de Vargas<sup>8</sup>—, que no hace sino extender la fama de

---

que se publicará próximamente en un número monográfico de la revista *Cuadernos de Filología italiana* de la UCM, bajo la coordinación de los profesores Guido Cappelli y Juan Varela Portas-de Orduña.

<sup>8</sup> Vd. ANTÓN, B. *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de 'receptio'*. Valladolid, 1992, p. 134.

Lipsio como la pólvora. Desde el comienzo, el protagonista de este diálogo, un trasunto de Lipsio que visita a su amigo, el canónigo Carlos Langio, en Amberes, en plena huida de la inestabilidad producida en su país por el Duque de Alba, se convierte en diana de una encendida crítica del afán viajero. Frente a esa disposición, en la que el individuo se encuentra en constante huida, el personaje de Langio —trasunto de las doctrinas de Lipsio— preconiza que el sujeto dirija su propia curación con ayuda de la medicina anímica de la constancia<sup>9</sup>, suave pero contundente. De nada servirá trasladarse a lugares pacíficos, si el individuo es portador de una enconada guerra en su interior. Por constancia, Langio —es decir, Lipsio— entiende «una firme e inmutable robustez anímica, que no se ensoberbece ni se humilla con las circunstancias externas o fortuitas»<sup>10</sup>, ni debe tampoco confundirse con la persistencia o pertinacia, emparentada con las veleidades de la soberbia y la vanagloria. La constancia resulta de la aceptación de la dinámica de limitaciones y oportunidades que constituye la vida mundana.

Es indiscutible que a la base de la constancia se encuentra una decidida asunción de los acontecimientos, con independencia de su justicia o injusticia, a los que se valora como dones entregados por la Providencia divina. Para lograr el distanciamiento necesario del sujeto con respecto a la andadura de los asuntos públicos, Lipsio procede a desenmascarar afectos tan autorizados como la preocupación por la suerte del Estado, el patriotismo y la compasión, sosteniendo que los dos primeros se limitan a ocultar el cuidado del ser humano por los intereses propios, mientras que el último ablanda innecesariamente el ánimo, sin proporcionar ningún beneficio claro.<sup>11</sup> Entre las imágenes manejadas, destaca la de los campesinos asustados por una tormenta, que un observador poco atento consideraría que tiemblan y corren a reunirse por temor a que nada terrible ocurra a sus tierras, por ende, a su país. Sin embargo, — sostiene Lipsio— el secreto resorte que les moviliza es el cuidado de lo propio, el miedo de que su cosecha se viera afectadas. Todos los hombres habitan en naciones que en último término les son extrañas o, si se prefiere, todo sujeto es extranjero en su propia tierra, pues nuestra naturaleza nos ha configurado con capacidad para ocuparnos únicamente de lo más cercano y propio. Los cuidados de lo universal son constructos ideológicos. Lo mismo cabe aplicar a la

<sup>9</sup> Vd. *Sobre la constancia* (=SC), I, II-III, Estudio, trad., notas e índices por M. Mañas Núñez, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2011 pp. 95-96 y 99.

<sup>10</sup> SC, I, IV, p. 100.

<sup>11</sup> Vd. SC, I, VIII, p. 111; XI, pp. 119-120 y XII, p. 121.

tradicional virtud del patriotismo —«todas estas patrias son vanas y falsas», leemos, en clara referencia a las patrias que interesan en política—. Quien muestra preocupación por lo patrio, en realidad deja ver al interlocutor astuto que su cuidado se dirige más bien a la protección de su patrimonio. No hay más patria que aquella que ocupaba al sabio Anaxágoras, afirmará Lipsio en estas páginas del libro I del *De constantia*. Tampoco la compasión tendrá nada en común con un sincera —y rara— conmiseración del otro, que los cristianos deberían practicar con mayor frecuencia de lo que viene siendo habitual. En todos estos casos nos encontramos ante afectos desorientados, cuyo destino es ser sometidos a una severa disciplina, pues nada es lo que parece en el mundo. El descrédito de las emociones políticas es descaradamente el objetivo de la argumentación de Lipsio, que rodea por ello de sospecha a los móviles habitualmente atribuidos al cuidado por lo civil.

Tras el primer intento de relativización del valor de lo político, el *De constantia* procede a situar a la potencia divina de la Providencia, cuyo trasunto mundano es el destino, sin que en ningún momento se conecten claramente ambas fuerzas y sus secuencias causales. La subjetividad debe aceptar la desvinculación de ambos planos, el de la Providencia y el del deseo, admitiendo asimismo que el primero siempre tiene razón. Langio presenta al cuidado que Dios dirige al mundo —«cuidado exento de preocupaciones»— con los siguientes rasgos:

Así que, Lipsio, en Dios está, estuvo y estará “aquel vigilante y perpetuo cuidado (pero cuidado exento de preocupaciones) con el que se ve, se acerca y conoce todas las cosas; y una vez conocidas, las dirige y gobierna con cierto orden inmutable e ignorado por nosotros”. Y esto es lo que ahora llamo “providencia”, de la cual alguno por debilidad puede quejarse, pero nadie investigarla, salvo quien ha cerrado sus oídos y ha embotado su razón y sentidos contra las voces y los sentimientos de la naturaleza.<sup>12</sup>

Las consecuencias que el imperio de este «vigilante y perpetuo cuidado» comporta para la consideración de la actividad política no se hacen esperar. Lo que los seres humanos gustan de denominar «males públicos» deberían calibrarse como lo que son en realidad, a saber, bienes complejos de juzgar, procedentes de la divinidad, que sería mejor tildar de indescifrables. Lipsio distinguirá entre desastres divinos puros, como el hambre, la esterilidad, los terremotos, las inundaciones, las enfermedades y la muerte, y males mixtos, como las tiranías, las guerras, las opresiones y matanzas (SC, II, VII). Lejos de dolerse por la presencia de estas desgracias, el sujeto ha de aprender a

<sup>12</sup> SC, libro I, XIII, p. 125.

agradecerlas por varias razones, reconducibles a las siguientes. En primer lugar, nos entrenan, al proporcionarnos fuerzas que nos ejercitan en la práctica de la fortaleza y la virtud. En segundo lugar, nos ponen a prueba, manifestando cuál es en realidad el orden de motivos de la voluntad individual, como reflejaba la imagen de qué prefieren los hombres cuando se ven obligados a elegir entre su bienestar y el de la nación. Por último, deben ser consideradas como un castigo necesario, al templar la violencia humana, de suerte que incrementen la seguridad pública.<sup>13</sup> El recorrido completo de las razones enumeradas para soportar estoicamente los sinsabores y pérdidas desemboca en una suerte de reconocimiento del constante vaivén de fortuna y desgracia que determina el ritmo de la historia. Los pueblos y países ascienden y periclitán, siguiendo un curso al que está destinado todo ente marcado por la mortalidad. De ello se sigue que la divinidad no ha elegido de manera especial a ningún grupo humano. Nadie está llamado a ser eternamente feliz, habida cuenta de que Dios debe distribuir el afecto que se le presupone entre múltiples vástagos:

Todas estas cosas y más, Lipsio, saca de la historia y de los sucesos acaecidos un lector avezado. Así pues, animémonos y, cualquier daño que particularmente nos afecte, sepamos que de algún modo supone un provecho para el universo. La muerte de este pueblo o reino supondrá el nacimiento de otro; la caída de una ciudad, la construcción de otra; pues, hablando con propiedad, nada muere en el mundo, sino que cambia. ¿Acaso sólo nosotros, los belgas, seremos los privilegiados y escogidos de Dios? ¿Sólo nosotros los eternamente felices y los polluelos de la buena fortuna? Necios. El gran padre tiene muchos más hijos; déjale que les dé abrigo y los acoja en su seno a intervalos, pues a todos a la vez no quiere o no puede. Nuestros soles brillaron ya; ahora durante un tiempo reine aquí la noche y aquella radiante luz váyase a Hesperia y al Occidente.<sup>14</sup>

Presumir que la suerte presente es duradera o un don permanente es una de las trampas más burdas del limitado cálculo de la mente humana, que debe advertir a tiempo las deficiencias de sus juicios sobre los acontecimientos y retener los excesos del narcisismo inherente al ser humano. Los jueces terrestres suelen

<sup>13</sup> SC, II, VII, p. 171: «[El entrenamiento procedente de los males] nos da fuerzas, porque es como un gimnasio en el que Dios enseña a los suyos la fortaleza y la virtud. Vemos que los atletas se entrenan muy duramente para vencer; lo mismo debes pensar de nosotros en esta palestra de desastres. [...] Pero los desastres nos ponen a prueba, porque si no, ¿cómo puede uno estar seguro de su firmeza y sus progresos? Si el viento siempre le sopla al timonel, nunca podrá desplegar su técnica. Si el hombre no experimenta más que felicidad y docilidad, nunca podrá desplegar su virtud. Y es que la única piedra de toque fiable es la aflicción. [...] Por último, nos guían, porque la fortaleza y el sufrimiento de los hombres buenos en los desastres constituyen una especie de luz para las tinieblas de este mundo. Llamán a otros a seguir su ejemplo y les señalan como el sendero por donde caminar. [...] [T]odo esto estaría oculto sin esta antorcha de los desastres. Y es que, igual que las especias aromáticas exhalan su olor a lo largo y ancho si las trituras, así también se propaga la fama de la virtud si la aprietas».

<sup>14</sup> SC, II, XI, p. 185.

invertir el punto de vista que la divinidad adopta con respecto a las cosas, de suerte que más vale admitir que causas tan oscuras no son fáciles de desentrañar.<sup>15</sup> Asimismo, es innato —sostiene Lipsio— a nuestro ánimo sobredimensionar las tristezas y pasar por alto las alegrías<sup>16</sup>, abandonándose a las quejas por lo adverso sobrevenido. Una percepción defectuosa se compadece en la antropología manejada por Lipsio con una fuerte predisposición hacia la tiranía en todo corazón humano. Si no sometemos o explotamos a nuestros congéneres, debemos preguntarnos si ello no obedece a que las circunstancias no nos lo permiten, más que a una decisión libremente tomada. Quien puede imponer su voluntad a otros, lo hará antes o después. Basta ver cómo se comporta un padre enfurecido con sus hijos, como el temible Fálaris con sus súbditos:

Sin duda, es innato a la naturaleza humana ejercer el mando insolentemente y no es fácil conservar la medida en lo que sobrepasa la medida. Nosotros mismos, que nos quejamos de la tiranía, llevamos encerrada en el pecho la semilla de la tiranía; y a la mayoría de la gente no es que le falte la voluntad de ejercerla, sino que no tiene oportunidad para ello. La serpiente se paraliza con frío, pero aún tiene el veneno, aunque no lo muestre; lo mismo nos pasa a nosotros, a los que sólo la debilidad y, por así decir, el frío de la fortuna nos apartan de hacer daño. Danos fuerzas, danos los instrumentos y temo que incluso los más de estos impotentes, que ahora se muestran hostiles a los poderosos, ejercerán de tiranos. Hay ejemplos en la vida cotidiana. Mira cómo el padre se enfurece con sus hijos, cada uno a su modo, son Fálaris y las mismas olas levantan ellos en su río que los reyes en su gran mar.<sup>17</sup>

Esta clase de imágenes, habituales en Lipsio, cumplen con una misión muy concreta, a saber, universalizar y democratizar —por así decir— las fuentes del mal en el mundo. Los criminales más terribles no son los poderosos de la tierra, sino que las pobres gentes que soportan sus desmanes no les quedan a la zaga, cometiendo las mismas crueldades en caso de que las circunstancias se lo permitieran. Debemos agradecer, pues, a la Providencia divina el obstaculizar los excesos que yacen potencialmente en el ánimo humano. Nuestra naturaleza no es buena, sino que encuentra por el camino miles de excusas para desentenderse del bien común y ocuparse del propio. La apariencia y mascarada campan por sus respetos en el espacio de la política, de manera que la habilidad del consejero y la prudencia del gobernante estibarán en la identificación de las intenciones ocultas de los arbitrios. Desplegar su gramática será clave para

<sup>15</sup> SC, II, XVI, p. 199.

<sup>16</sup> SC, II, XX, p. 210.

<sup>17</sup> SC, II, XXV, p. 223.

garantizar estabilidad y seguridad a una nación. Y nadie como Tácito podía coadyuvar a cumplir esa tarea. No en vano el pasaje citado arriba del *De constantia* finaliza con la descripción del *Agrícola* de la persecución de los panegiristas Trásea Peto y Helvidio Prisco en una época emponzoñada por la sumisión y la renuncia voluntaria a la libertad.<sup>18</sup> Ese es el estado natural de la colectividad humana, del que sin embargo pueden resguardarse algunos elegidos, a saber, aquellos preocupados por cuidar principalmente de su ánimo. Estamos muy lejos de la perfección de la naturaleza humana que favorecía la participación política a juicio de Aristóteles.

## 2. Lipsio y el *speculum principis*: una ética gris para el monarca.

Una colección de virtudes aptas para el príncipe a raíz de las enseñanzas entregadas por los historiógrafos latinos despliegan los seis libros conocidos como *Políticas* de Lipsio, publicados en 1589 y traducidos prontamente al castellano por Bernardino de Mendoza (1604), perteneciente al círculo de interlocutores ibéricos del pensador belga. Desde la nota dedicatoria se advierte la intención de educar al gobernante en la moderación y el conocimiento de la historia, pues si bien es superior a los hombres, debe su autoridad a su pueblo —los súbditos no son vasallos que le hayan sido entregados—, teniendo que administrar sabiamente la riqueza de la nación, a la par que mantenerla segura frente a los posibles enemigos. El monarca ha de iluminar a todos como los planetas y las estrellas lo hacen en la bóveda celeste. Pero veamos de dónde proceden tales luces. Según se señala en el libro primero de la obra, que contará con una fama inmensa en la península ibérica y en Europa poco después de su publicación, la vida civil cuenta con dos guías principales, a saber, la prudencia y la virtud, consistente a su vez en piedad y bondad. De esos dos elementos constituyentes de la virtud, la primera, la piedad, remite como sus elementos a la fe y reverencia debidas a Dios. Sin ella, el sujeto carecería de orientación suficiente en relación con la divina providencia y la luz de la conciencia. Por su parte, la bondad conduce a alejarse de las apariencias y enseña a no dejarse tentar por el boato y aderezos propios de las riquezas y otros bienes mundanos. En conjunto, las dimensiones de la virtud guían al ser humano en el laberinto de deseos de la sociedad. Pero, más allá de la pequeña ética que se incorpora a

<sup>18</sup> Agr., 2, Trad. de J.L. Conde, Cátedra, Madrid, 2013, p. 45: «Sí, hemos dado un ejemplo grandioso de sumisión. Y si los viejos tiempos conocieron los extremos de la libertad, nosotros, los del servilismo: los espías nos impedían la mera actividad de hablar y de escuchar. Hasta la memoria hubiésemos perdido, además de la voz, de haber tenido para olvidar la misma capacidad que tuvimos para callar».

este programa educativo del príncipe, la prudencia, procedente de la experiencia y de la memoria de lo sucedido, esto es, de la historia, asesora al gobernante en sus juicios y decisiones. Hasta el punto de que quien carece de ella se califica de necio cíclope.<sup>19</sup> Ser prudente equivale en Lipsio a una conciencia amplia y detallada acerca de las circunstancias, estados de ánimo y maniobras que tienen lugar en la nación, a imitación de la Providencia que animaba al cultivo de la constancia. Pero un conocimiento tan circunstanciado no disuade de la práctica de la clemencia, sino más bien al contrario:

Tome para sí este ejemplo o precepto de justicia clemente y compasiva: Que lo sepa todo, pero no lo castigue todo; que use de perdón en las ofensas pequeñas y de severidad en las grandes, satisfaciéndose más veces de la penitencia que de la pena (Tácito, *Agr.*, 19.3). [...] El poder manso y sosegado acaba lo que no puede el violento, y el mandar con blandura es de más fuerza para la ejecución de lo que se quiere y pretende.<sup>20</sup>

El pasaje está justificado por la exigencia de que el príncipe se haga cargo del punto de vista de sus súbditos, de los que debe servirse para que ningún rincón del país le resulte ajeno y con el propósito de recibir sólidos consejos. Lipsio admite sin ningún reparo las taimadas consideraciones que la elección de consejeros por parte de Tiberio revela ante un lector atento. Ese lector fue sin duda Tácito, que en el libro I de los *Anales* recoge el gusto del emperador mencionado por mantener alejados de sí tanto a los varones con fama de virtud eminente como a los viciosos. La preferencia de la mediocridad parece responder a la voluntad de mantener el *statu quo* todo lo posible, como si el cambio solo pudiera ser en sí mismo motivo de inquietud y perjuicio:

[C]onviene examinar los ingenios: digo, escoger los buenos y rectos: pero no los elevados y presuntuosos; de suerte que sean iguales y proporcionados a los negocios, y no más aventajados, porque no se descuiden, o ensoberbezcan, con tenerlos en poco. El cuidado que de esto tenía Tiberio no fue sin fundamento. El cual no se arrimaba a los que tenían grande eminencia de virtud, y por otra parte aborrecía a los viciosos, temiendo de los unos su propio peligro y de los otros la deshonor y vergüenza pública (Tácito, *An.* I, 80.2). Y así, vienen a ser los medianos entendimientos los mejores, por haber sido antiguamente y ser más capaces para recibir en sí y afirmar los secretos del príncipe (Tácito, *An.*, III, 30.3). ¿De qué sirve a Labeón por su entera e inviolable libertad? (Tácito, *An.*, III, 75.2). Pues sé que la obediencia de Capitón, y su manera de encaminar las cosas por la voluntad de quien manda, es más agradable y recibida de los príncipes (*ibíd.*).<sup>21</sup>

<sup>19</sup> P, III, I, trad. por J. Peña, Tecnos, Madrid, 1997, p. 71.

<sup>20</sup> P, II, XIII, pp. 98-99.

<sup>21</sup> P, III, X, pp. 92-93.

¿A quién aprovecha la exhibición imprudente de virtud? Desde luego, en el escenario de la política resultará de muy escasa ayuda, declara Lipsio. La pulcra descripción de Tácito del destino que espera en tiempos de tiranía a personalidades indomables como Labeón es lo suficientemente elocuente en sí misma. La obediencia de sujetos como Capitón —véase el libro III de *Anales*— se acomoda con mayor acierto a la densidad gris que penetra todas las dimensiones de la existencia en la corte imperial romana. Pero Lipsio no adscribe estos consejos, a saber, la preferencia de la mediocridad a la excelencia y el cultivo de una dócil obediencia, a un tiempo específico, sino que los considera como una suerte de bitácora para regular la relación que el gobernante debe mantener con los miembros de la corte, con los que está destinado a guardar vínculos de lealtad mutua. Ahora bien, ¿cuál es la perspectiva de quien está al lado del príncipe, a su lado, anunciando peligros y prometiendo ganancias? Lipsio recurre a un pasaje de Séneca como indicador de la disposición de ánimo que se acomoda al cortesano. En él se recoge que, cuando a un soldado anciano se le preguntó cómo había alcanzado la vejez, cosa rara en la corte, este respondió: «Sufriendo injurias, y besando manos por ellas» —una sentencia presuntamente extraída del *De ira*, I, pero claramente modificada por Lipsio—. Se describe así la combinación de paciencia y cautela con que deben moverse los sujetos interesados en salir incólumes del escenario de conspiraciones y traiciones que rodean al monarca.<sup>22</sup> Esta es la apropiación lipsiana de una idea ciertamente habitual en la historiografía de Tácito, consistente en la reivindicación de que puede haber hombres buenos bajo malos príncipes. De ello daría buena muestra el itinerario del suegro de Tácito, Agrícola, cuya dilatado diálogo con los poderosos está llamado a probar que la obsecuencia y la humildad pueden alcanzar cotas de gloria mayores que las de quienes murieron para conseguir la celebridad.<sup>23</sup> Cómo no recordar la apelación del libro cuarto de los *Anales* que anima a encontrar un término medio entre «la tajante rebeldía» y «el vergonzoso servilismo»<sup>24</sup> gracias a la sabiduría humana, permitiendo encontrar una cierta escapatoria al hado que determina la inclinación y el odio que los emperadores manifiestan hacia los súbditos.

<sup>22</sup> Vd. P, III, XI, pp. 96-97.

<sup>23</sup> Vd. Agr., 42.4, pp. 128-129.

<sup>24</sup> An., IV, 20.3, Trad. de J.L. Moralejo, Gredos, Madrid, 2001, p. 282.

Dado que la vida pública está fundada en el engaño y la apariencia, sería suicida renunciar por principios a cierta pericia en el fingimiento y la disimulación en la vida política, que encuentra a su base toda una escenografía teatral:

El fraude, pues, en general, es un consejo agudo que se desvía de la virtud o leyes, por bien del rey y su reino. Él es de tres maneras: ligero, mediano y grande. El ligero es el que no se aparta mucho de la virtud, estando rociado ligeramente con el rocío de la malicia. Por de esta calidad, tengo a la desconfianza y disimulación. [...] De parte del ligero, puse lo primero desconfianza, la cual aconsejo enteramente al príncipe; porque como conviene proceda en todas sus acciones con peso y espacio, así le cuadra hacerlo en el dar fe y crédito. Lo digo porque camine con tiento y como dudoso, y aun estoy por decir no crea ninguna cosa sino la que tuviere delante de los ojos y fuere grandemente clara y manifiesta. [...] Tiberio también en el mismo sentido afirmaba que ninguna de sus virtudes preciaba y amaba tanto como la disimulación (Tácito, *An.*, IV, 71.3). Esto sé que no agrada a alguno de ánimo libre, diciendo que de toda manera de vida se ha de quitar y desterrar el fingimiento y disimulación (Cic. *De off.*, III, 61). Lo confieso de la vida privada, de la pública lo niego llanamente. Nunca sabrán regir los que no saben encubrir. [...] Para efectuar y llevar a cabo sus consejos y designios, a su pesar han de fingir muchas cosas y disimularlas con dolor y descontento; y esto no sólo con los extranjeros o enemigos [...], sino también con los suyos.<sup>25</sup>

Forma parte de la profunda confianza de Lipsio hacia la capacidad del discurso para modificar las conductas y los juicios, en la estela del *De oratore* de Cicerón, la presentación que realiza de los conflictos entre religiones. En materia religiosa debe preferirse la persuasión del contrario al castigo. No se descarta, sino más bien al contrario, que haya posiciones que estén en lo verdadero, a diferencia de otras, erradas y corregibles, sino que se apunta a lo pernicioso de la violencia aplicada a convicciones que conciernen a lo más íntimo de los individuos:

En los instrumentos de música, aunque acontece estar alguna cuerda desconcertada, no por esto la rompemos luego, sino que poco a poco la bajamos y subimos, hasta volverla en consonancia con las demás; en la fe, ¿por qué no se hace lo mismo, y se reprimen las faltas de manera que haya quien se arrepienta de haber pecado? Estos tales, pues, son de ordinario los mejores, por ser más segura y firme la fe que vuelve a su centro por penitencia.<sup>26</sup>

Será, pues, la conversación —no la represión violenta— el medio encargado para persuadir lentamente al interlocutor a avanzar hacia las tesis consideradas ortodoxas, una dirección que, si bien en Lipsio coincide con el catolicismo, no

<sup>25</sup> P, IV, XIV, pp. 193-197.

<sup>26</sup> P, IV, IV, 10.

está exenta de ambigüedades, habida cuenta de la experiencia de nuestro autor en oscilar entre ambientes religiosos, al mismo tiempo que le atrajo reproches por la excesiva flexibilidad mostrada en este asunto. Nada de esta confianza mostrada hacia la factibilidad de atraer a los no creyentes a territorios espirituales distintos se aplica, sin embargo, al pueblo, hacia el que Lipsio dirige un desprecio solo comparable al manifestado por Tácito en el siglo I d.C. El libro IV de *Políticas* deja a este actor social enteramente fuera de juego de la prudencia política, bajo el argumento de que se deja cargar con energías poderosas, que a pesar de ello no logran desembocar en actos relevantes. Amenaza con morder, pero solo consigue emitir alaridos. Su fuerza estriba más en dudas y procaces palabras que en acciones. Puede pasar abruptamente de la admiración reverente al desprecio. Permaneciendo al margen del juego y de los códigos de la ambición política, la masa o el vulgo se caracteriza por dar rienda a sus bajos instintos, que en realidad permanecen siempre latentes en la naturaleza humana y solo estallan cuando encuentran la ocasión para ello, por ejemplo, en periodos de fractura del poder:

No es capaz de razón: no hay en el vulgo juicio ni verdad. [...] Es feroz por la lengua, y de su natural condición desbocado (Tácito, *Hist.* III, 32.2), pero todo viene a parar en palabras, sin tener osadía para pasar adelante (Tácito, *Hist.* III, 58.1). Porque, como tiene la lengua muy pronta, así es de ánimo encogido, cobarde y perezoso. Hállase de ordinario muy levantado de esperanza, o abatido de miedo. Tal es la natura de la multitud, servir con humildad y bajeza, o mandar con arrogancia, no sabiendo gozar con templanza de la libertad, que es media entre estos dos extremos, ni despreciarla moderadamente. Es extremado en todas las cosas: bravea si no teme, y temiendo está aniquilado (Tácito, *An.*, I, 29.3). Finalmente, no recelando el poder y fuerzas, es turbulento y atrevido (Tácito, *An.*, VI, 11.2).<sup>27</sup>

Nuevamente, las citas a pasajes de Tácito se multiplican para dar cuenta de la nula fiabilidad y «natural desbocado» de «la multitud», destinada a ser desgarrada por sus propias emociones y, así, a ser empleada más como vil instrumento que como causa y condición de la vida civil. Con respecto a su control, Lipsio no piensa en ningún momento que convenga al príncipe tratar a la masa como a un interlocutor autorizado, sino como una bestia polimorfa que conviene domesticar teniendo en cuenta sus reacciones cuando teme y cuando piensa que los motivos para el miedo están lejos. Una vez que se llega a mantener al pueblo paralizado por la inquietud constante, se lo domina efectivamente y puede hacerse de él cualquier cosa. Con los miembros de la

<sup>27</sup> P, IV, V, pp. 113ss.

corte y con los representantes de otros Estados, en cambio, conviene no renunciar nunca al uso de la palabra. En realidad, ser en la palabra caracteriza a los seres humanos cultivados, mientras que la insensibilidad a sus efectos evidencia que no se está hecho para ella. Con todo, la administración de los castigos, también de los que puedan recaer sobre la masa, debe asumir la teatralización de la pena, pues lo determinante no será la justicia, sino su apariencia. Ante el descubrimiento de una sedición o conspiración, lo mejor — afirma Lipsio — es ajusticiar a cuantos menos individuos resulte viable, haciendo todo lo posible para que ese aciago acontecimiento caiga pronto en el olvido para el pueblo. Lo contrario será sembrar la cizaña y la venganza:

Convendrá, pues, considerar si, mientras comienza la sedición, no estando aún crecida, se podrá atajar por mejores consejos (Tácito, *Hist.*, I, 31.2); enviando personas de entendimiento que los amonesten y persuadan, principalmente hombres de mucha elocuencia y bien hablados, y que tengan industria y autoridad para ablandar al vulgo (Tácito, *Hist.*, III, 10.3). No queriendo vaya el príncipe en persona, y no sin razón, por ser mejor preservar la autoridad para los remedios mayores y más importantes. [...] ¿Han vuelto a la obediencia?: no es bien atormentarlos; y aunque todos hayan errado, sufran pocos la pena (Tácito, *Hist.*, I, 84.2). Bastará con que los autores de tan miserable sedición paguen con la sangre su pecado, y aun si uno o dos de las cabezas mueren (Tácito, *An.*, IV, 17.3). Porque lo que muchos cometieron, no se puede vengar en todos, habiendo de parar la pena donde nació la culpa. Y sépase ser suficiente un tal castigo para la multitud.<sup>28</sup>

La práctica de la clemencia enseña a administrar el poder con parsimonia y habilidad. Cometer el error de incurrir en la tiranía sería el error más grave para un monarca que aspire a la contemplación tranquila y serena de la articulación de su poder. Pues la tiranía es la muestra del ejercicio más imprudente del poder político. Lipsio encuentra en el *De clementia* de Séneca el mejor apoyo retórico para sus consideraciones.<sup>29</sup> El tirano pone de acuerdo a todos para expulsarlo, no le está permitido descansar nunca y todo lo teme. Solo conforma gobiernos inestables, para los que es inviable perdurar:

<sup>28</sup> P. IV, IV, pp. 223-224.

<sup>29</sup> Vd. especialmente Séneca, *De clem.*, I, 11, p. 75: «[L]a clemencia no solo favorece el respeto, sino la seguridad, y es, al mismo tiempo que ornato del poder, bienestar seguro. Pues, ¿cuál es la razón de que los reyes hayan envejecido y hayan transmitido el reino a sus hijos y a sus nietos, de que sea odioso y breve el poder de los tiranos? ¿Qué diferencia hay entre un tirano y un rey —pues aparentemente su suerte y libertad son semejantes—, sino que los tiranos se ensañan a placer, los reyes no, a no ser por motivos evitables?».

Tal es la condición de los tiranos: tienen envidia a los hombres ilustres, matando a los valerosos y magnánimos; siempre están en armas y alerta, cercados de todas partes de venenos. Dudan de la guarda de sus plazas y fortalezas y, temblando, amenazan. Añádanse los tormentos y torcijones interiores. [...] [E]l poder de los tiranos es execrable y poco dura (Séneca, *De clem.*, I.11). Tales, preguntado qué cosa se veía con dificultad, respondió: un tirano viejo.<sup>30</sup>

Sin embargo, a pesar de la condena general de la tiranía, Lipsio conmina a soportar el pesado yugo de la obediencia cuando los príncipes no son precisamente virtuosos, toda vez que si hay un estado que rechaza ese es el del disenso conducente a la guerra civil. En un contexto de enfrentamiento en el seno de su nación, el sabio debe procurarse una residencia en un lugar a resguardo del conflicto —cómo no recordar la propia experiencia de Lipsio— y dejar transcurrir plácidamente el tiempo, al margen de los bandos, sin inclinarse por unos ni por otros.<sup>31</sup> Este proceder pretende inspirar la conducta del monarca y formarle en el correcto tratamiento de sus vasallos, pero por otra parte resulta complicado encontrar una renuncia más radical al riesgo que entraña la actividad política. Hablamos de una obra que sedujo poderosamente a la mayor parte de la clase política ibérica en el siglo XVII. No en vano, Lipsio ofrecía oportunas indicaciones para aparentar que se hacía sin hacer, generando donde fuera preciso la ilusión de la mudanza donde no había sino continuidad con un escenario anterior. Aquí la política se vuelve teatralidad y apariencia y como tal debe volverse legible para los pocos hombres que en el mundo sabios han sido. Esa es la principal enseñanza extraída de la historiografía tacitiana por un teórico del juego político convencido de lo evanescente de los bandos, de los pareceres y de los objetivos civiles. En un tiempo en el que para sobrevivir se hacía imprescindible dilatar al máximo el momento en que se vuelve imperioso tomar partido, un gesto en el que coinciden tanto el prudente como el monarca hábil y virtuoso.

<sup>30</sup> P VI, V, p. 329.

<sup>31</sup> P VI, VI, pp. 336-337.

### 3. Conclusiones

Leer la obra de Lipsio transmite con fuerza la voluntad de emancipar al aspirante a la sabiduría de la dependencia psíquica con respecto a los asuntos políticos. Una vez que se vislumbra a la Providencia como el único principio rector del curso de los acontecimientos, las decisiones de los Estados y de sus príncipes no pueden sino aparecer como lo que realmente son, a saber, como una suerte de acción teatral subsidiaria del *Deus ex machina*, que aspira a convertir a los súbditos en espectadores perpetuos. El gobierno aparece así como un espacio lúdico en el que alcanzan el dominio, siempre provisional, quienes resultan más diestros en la producción de apariencias y en el control de la subjetividad de quienes le rodean. Aquellos que se toman demasiado en serio tanto los principios como los acontecimientos corren el riesgo de transformarse en tiranos, dueños de un execrable poder. Resulta llamativa —o no— la seducción que Lipsio generó en un entorno político, el de los últimos Austrias, ya inoperante y decadente, aunque deseoso aún de ejercer su autoridad y de hacer gala de su poder. La sorpresa procede de la evidencia de la corrosión de la intervención pública que despliegan los textos de Lipsio, hasta el punto de declarar un total descreimiento en la naturaleza civil del ser humano. Pero la sorpresa se desdibuja notablemente cuando se atiende al útil servicio que esta doctrina ofrece a quien ha perdido los fundamentos sólidos del poder, como la riqueza e instituciones bien organizadas, y pretende disimular esa ausencia. Lipsio toma de Tácito los elementos necesarios para concebir al fenómeno del poder político como un acontecimiento principalmente subjetivo y, a su vez, la corte ibérica encontrará en Lipsio una legitimación de sus inveterados vicios, a pesar de que la adhesión nunca sería completa. Diego Saavedra Fajardo representa a la perfección a la corriente de pensadores políticos cristianos que recelen de los perjuicios derivados del escepticismo radical hacia la política que Lipsio había inoculado a sus seguidores.<sup>32</sup> El estoicismo debía hacer su entrada

<sup>32</sup> Véase SAAVEDRA FAJARDO, Diego. *Idea de un Príncipe Político Cristiano representada en cien empresas*, Munich, Nicolao Enrico, 1640; también Milán, s. i., 1642, Empresa XLIII: «*Qui nescit dissimulare, nescit regnare*. En que se incluye toda la sciencia de reinar. Pero es menester gran advertencia, para que ni la fuerza pase a ser tiranía, ni la disimulación y astucia a engaño, porque son medios muy vecinos al vicio. Justo Lipsio, definiendo en los casos políticos el engaño, dice que es un agudo consejo que declina de la virtud y de las leyes por bien del rey y del reino. Y huyendo de los extremos de Maquiavelo, y pareciéndole que no podría gobernar el príncipe sin alguna fraude o engaño, persuadió el leve, toleró el medio y condenó el grave. Peligrosos confines para el príncipe ¿Quién se los podrá señalar ajustadamente? No han de ponerse tan vecinos los escollos a la navegación política. Harto obra en muchos la malicia del poder y la ambición de reinar. Si es vicioso el engaño, vicioso será en sus partes, por pequeñas que sean, y indigno del

triumfal en la doctrina política sin necesidad de glorificar la vanidad y la apariencia ni de justificar ningún engaño como recurso necesario. «Peligrosos confines» dejaban adivinar semejantes divisas para el príncipe. Ese esfuerzo intenso por perfeccionar la unión de los contrarios no parece una preocupación central en Lipsio, satisfecho con la experiencia de la ambivalencia o al menos conforme con el hecho de que esta sea la única ley de la tierra por voluntad divina. Limar las aristas de lo que los seres humanos estiman posiciones enfrentadas fue una de las obsesiones lipsianas, pero no en nombre de principios que hubiese que estimar mejores o auténticos frente a las partes en liza, sino de una paz civil mucho más estimable que ninguna razón o argumento humanos. Nuestro autor nunca terminó de entender que los individuos pudieran llegar a matarse mutuamente por sus ideas. Esa era la conclusión esperable de la decisión de dejar el curso del mundo en manos de un Hado cifrado con caracteres cristianos.

---

príncipe. No sufre mancha alguna lo precioso de la púrpura real. No hay átomo tan sutil, que no se descubra y afee los rayos de estos soles de la tierra» (sic).

## Bibliografía

### OBRAS FUENTE

1. ERASMO de Rotterdam, *Educación del príncipe cristiano*, Traducción de Lorenzo Ribera, en *Obras Escogidas*, Madrid, Aguilar, 1964.
2. GRACIÁN, Baltasar. *Agudeza y arte del ingenio*, en Id., *Obras completas*, vol. II, Turner, «Biblioteca Castro», Madrid, 1993, pp. 305-763.
3. LIPSIO, Justo. *Sobre la constancia (1584)* (=SC). Estudio, trad., notas e índices por M. Mañas Núñez, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2011.
4. \_\_\_\_\_ *Políticas (1589)* (=P). Estudio preliminar y notas de J. Peña y M. Santos, trad. de Bernardino de Mendoza, Tecnos, Madrid, 1997.
5. SAAVEDRA FAJARDO, Diego. *Idea de un Príncipe Político Christiano representada en cien empresas*, Munich, Nicolao Enrico, 1640.
6. SÉNECA, *Sobre la clemencia* (=De clem.), Trad. de C. Codoñer, Alianza, Madrid, 2005.
7. TÁCITO, Publio Cornelio. *Anales* (=An.). Trad. y ed. de J.L. Moralejo, Gredos, Madrid, 2001.
8. \_\_\_\_\_ *Historias* (=H). Trad. y ed. de J.L. Conde, Cátedra, Madrid, 2006.
9. \_\_\_\_\_ *Agrícola* (=Agr.). Trad. y ed. de J.L. Conde, Cátedra, Madrid, 2013.

### Bibliografía secundaria

10. ANTÓN MARTÍNEZ, Beatriz. *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de 'receptio'*. Valladolid, 1992.
11. LÓPEZ POZA, Sagrario. «La *Política* de Lipsio y las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo». *Res Publica* 19 (2008).
12. MOSS, Ann. *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*. Oxford University Press, Oxford, 1996.
13. \_\_\_\_\_ *The Política of Justus Lipsius and the Commonplace-Book*. *Journal of the History of Ideas*, 59, 3, July 1998.
14. PEÑA, Javier. *La razón de Estado en España (siglos XVI y XVII)*. Antología de textos. Tecnos, Madrid, 1998.
15. SANMARTÍ BONCOMPTE, Francisco. *Tácito en España*. Barcelona, 1951.
16. TIERNO GALVÁN, Enrique. «El Tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro». *Anales de la Universidad de Murcia*, 4º trimestre vol. VI, 1948.
17. TOFFANIN, Giuseppe. *Machiavelli e il tacitismo*. Guida, Napoli, 1972.
18. DE VEGA, Pedro. *Antología de escritores políticos del Siglo de Oro*. Taurus, Madrid, 1966.